

y benignidad real de don Felipe IV, rey nuestro señor, pues estando preso por su mandado en el castillo de San Juan, quiso más morir por confesarle por rey que vivir mintiendo este nombre al tirano: lealtad que ni la disuadió el castigo que padecía, ni la amedrentaron las amenazas que la solicitaban, ni la cohecharon las promesas que la propusieron: sea gloriosa vida del muerto, sea infame muerte del matador. Clame aquella sangre, y por ella toda la que está en las venas de Castilla y Portugal. ¿Cuál otro monarca mereció tener vasallo que en tal estado y tan á su costa supiese mostrar igualmente cuánto estimaba serlo de su majestad y no quererlo ser de otro? Grande esplendor resulta de tal hijo á todo Portugal, confesémoslo: la guerra basta que nos haga contrarios, no envidiosos. Débame esta lisonja la nobleza lusitana. Espero que tan admirable ejemplo tendrá séquito, pues son fáciles de persuadir á hechos gloriosos, y más viendo que el tirano no puede abrigar sus determinaciones si no es con holandeses ó franceses, cuyos socorros son mohatras, que hurtan con lo que dan y lo que dan. Siguen el estilo del que presta para jugar al que pierde, que en vez de socorrerle, le ocasionan mayor pérdida. ¿Quién pidió la capa que le falta, al que vive de quitarla al que la tiene? Bastantemente están ocupados en negar y defender la restitucion de sus robos, sin amparar los ajenos. Pues llamar los moros de Africa (tan aciaga á rey y á reino) no lo podrá adjetivar con el crucifijo que trae en las manos el arzobispo de Lisboa. Cristianísimo, nobilísimo y hazñosísimo reino es Portugal; puede ser tiranizado, no infiel. No le hemos deseado enemigo, mas siéndolo, le conocemos generoso. Supo Castilla darle; quiso Dios volvérselo: ha osado contradecir su divina voluntad el duque de Berganza. Castilla, que asiste al cumplimiento de la de Dios, espera tenerle de su parte, y que dispondrá que portugueses sean medio en la ejecucion, pues es tan cierto que uno no puede engañar á todos, como que todos no engañaron jamas á uno. Quien estrenó la corona con la sangre del secretario Miguel de Vasconcelos, y tuvo por primera fiesta y aplauso el tronco de su cuerpo sin cabeza ni brazos, bien compite el blason cruento y facineroso á Voleso Messalla, de quien dice Séneca (en el lib. 2 de Ira), que habiendo un dia hecho pedazos con una segur trescientos hombres, se paseaba con rostro soberbio entre los cadáveres, como si hubiera hecho una cosa magnífica, diciendo á gritos, en griego: *ὦ Φράγμα βασιλικόν!* «¡Oh cosa real! ¿Qué rey hiciera esto?» Responde á Voleso Séneca, y dudaba que algun rey lo hiciera; y el de Berganza se dió tanta prisa á hacerlo como á coronarse. Ya sé que dice Juvenal, tratando cuán diferentes premios se alcanzan con un mismo delito (sát. 13, ver. 105):

Ille crucem praetium scelus tulit, hic diadema,

que en castellano dice: «Aquel llevó por premio de su maldad la horca, este la diadema.» Este dice: parece que le señala; y en Berganza hubo aquel que llevó la cruz, como hay este que lleva la diadema. Mas es de advertir que corona por premio de maldad es horca, como la horca dada por premio de las virtudes es diadema. Todo esto dispone á que el Rey nuestro señor, que con Portugal ha juntado al título de señor obras de padre, tenga en aquel reino pocos quejosos; porque los muchos son opresos, que darán paso al sentir de sus corazones cuando las armas justificadas les abrieren lugar para que respiren. De nadie pretende ser malquisto este discurso, pues aconseja y advierte más que reprende, y solo desea que, dejando los esforzados y nobles portugueses los delirios de Bandarra, que llaman profecías, repitan al que se llama rey, del santo y rey y Profeta, hoy que se gloria en su malicia y iniquidad, del salmo 51, el verso 3 y el 7: *Quid gloriaris in malitia, qui potens es in iniquitate? Propterea Deus destruet te in finem: evellat te, et emigrabit te de tabernaculo tuo; et radicem tuam de terra viventium.*—Licenciado Alonso Perez Lyñares.

Oigan otra advertencia sagrada los electores, como la oyó el electo, pues necesitan de no menos eficaz medicina: En el capítulo 9 del *Libro de los Jueces* se lee el apólogo que Joatham, dando voces, propuso á los hijos de Siquen, de donde se colige que los portugueses que ungiéron sobre sí tal rey fuéron más insensatos que los leños, que, deseando elegir rey, fuéron primero á rogar á la oliva; y porque ella se excusó, fuéron á la higuera; y viendo que no aceptaba, á la vid; y despedidos de ella, fuéron al rhamno (que es la cambroñera); y no puede negárseles á los leños que solicitaron tres veces lo mejor. Empero que, teniendo por rey y señor los portugueses á la oliva en la paz y en la felicidad y en la sabiduría, y á la higuera en la opulencia, riqueza y dulzura, y á la vid en la utilidad, eligiesen por su rey al rhamno (que si le eligen de corazón, lo que les ofrece es lo que no tiene, que es sombra en que descansan; y si le eligen con fingimiento, fuego que todos los abrase), ignorancia es que excede á los leños en la propia accion. Puedo decirlos, oh portugueses, con David (salm. 57, vers. 10), que pues os arrojasteis á elegir por rey al rhamno (*priusquam intelligerent spinas vestrae rhamnum*), que vosotros tendréis por rey una zarza, y ella en vosotros una corona de espinas. Yo os lo amonesto á todos (1).

*Phlegyasque, miserrimus omnes
Admonet, et magna testatur voce per umbras,
Discite justitiam moniti, et non temnere Divos.*

(1) Virgilio, lib. 6.

LA REBELION DE BARCELONA

NI ES POR EL GÜEVO NI ES POR EL FUERO.

AYERÍGUALO

EL DOCTOR ANTONIO MARTINEZ MONTEJANO,

NATURAL DE LA VILLA DE SAN MARTIN DE ESPUCHES (a).

Causa jubet melior Superos sperare secundos.
(Lucan., lib. vii.)

HABIENDO visto el *Aristarco*, ó *Censura* á la que llaman los catalanes *Proclamacion católica*, y pesado la grande fuerza de sus razones, lo sólido de su recóndita erudicion, igualmente docta y verdadera, y lo suave y varonil y robusto de su estilo, no por crecerle ni añadirle, sino por acompañarle, como el cerro, que delante del número no vale nada, como la sombra, que es nada detras del cuerpo, determiné escribir lo que despreció la severidad de aquella pluma, y lo que despues de ella, que á todo bastó, sobra; porque si no obedecieren al docto, padezcan al ignorante, y en esta materia se ha ya dicho lo que basta y sobra. Y si bien reconozco que en lo de la ida á Belen cuando nació Cristo, el *Aristarco* con declarar las medallas que se han fingido, los detiene en aquel camino y los degrada de reyes magos, con todo me enfadé tanto viendo que en los evangelistas ni escritores eclesiásticos auténticos no se leia nada, que quise hablar en ello, y lo dejé hasta repasar todo lo

(a) «Hase publicado ahora un libro intitulado *Aristarco, ó Censura á la Proclamacion católica que escribieron los catalanes el año pasado*. Su autor es el inquisidor don Francisco de Rioja, cronista de su majestad: las noticias son bebidas en la fuente más alta, como tan confidente del señor Conde-Duque. El libro absolutamente es bueno y de lindo estilo, todo lo que dice puntual y verdadero, y satisface á las objeciones de los conserleres y consejo de Ciento. Asi escribia don José de Pellicer en sus *Anisos* el 2 de julio de 1641. En responder á los catalanes se estaban ocupando varios consejeros de Castilla é inquisidores desde el mes de diciembre; y el Lipsio mantuvo, que en cuestiones políticas no sabia ni podia nunca permanecer mudo, á pesar de encontrarse año y medio hacia en el duro encierro de San Marcos de Leon, echó á volar bajo supuesto nombre el discurso que llena estas páginas. De un solo golpe satisfizo los impulsos de su corazón, y ambicionó tener propicio á Rioja, secretario íntimo del Conde-Duque, obligando á la vez al valido con mostrarse aficionado y respetuoso á su gobierno y persona.

Quien lleve leídos los precedentes opúsculos no vacilará en conocer la pluma que trazó esta invectiva contra los revoltosos de Cataluña; pero á mayor abundamiento, Quevedo se confiesa autor de ella en carta dirigida al Conde-Duque, y no publicada aun, con las siguientes palabras: «Aquello del güevo si fué mio, y lo siento por lo malo.» El lector no se conformará seguramente con semejante calificación. Esta obrilla no cede á ninguna de las políticas de nuestro autor en gala, novedad, ingenio y travesura.

El texto se ha fijado en vista de una buena copia hecha por el bibliotecario don Tomas Antonio Sanchez; de la que se halla en la coleccion de Fajardo, y de otra moderna poco apreciable. — *El Colector.*

que se escribe de Heródes. Pudo ser que si fuéron á Jerusalem fuesen á verle y diesen el arbitrio de que degollase los inocentes, que parece traza de catalanes. Lo que hallare saldrá en la segunda parte, cuyo título será otro refran que se dice: «Justicia de catalanes.»

El tema y la tema de los de Barcelona, que podrán más fácilmente negar que son catalanes que no el ser temosos, es el refran que dice: «No es por el güevo, sino por el fuero.»

Yo les probaré «que no es por el güevo ni por el fuero.» Y últimamente (valiéndome de su intencion y de la invidia de los enemigos de España), «que será por el güevo, y no por el fuero.»

No dirán que escribo desafortadamente, ni que guiso mal mi discurso, pues los doy batidos con tres güevos, tres fueros, que son toda su golosina.

Mi cuidado será el ser verdadero y breve, porque ni me teman ni me duden. No quiero que sea difícil acabarme de leer, sino empezar á responderme.

Que no es por el güevo ni por el fuero, el güevo lo dice, el fuero no tiene que decir: ni han quebrado el uno ni el otro los ministros de su majestad.

Ha gastado el Rey nuestro señor en defensa y recuperacion de Salsas y Perpiñan millones de oro y muchos millares de hombres. Asistió al condado con los mejores vasallos de todos sus reinos. Cobró lo que se habia perdido en Rusellon más por la neutralidad que los catalanes tuvieron que por el valor de los franceses. Confieso concurrieron á la restauracion; empero tarde y con socorro regateado, no ofrecido. No sé cómo se les pueda agradecer parte de accion, de que tan presto en todo mostraron que les pesó.

Si dijeren que se debió excusar el acordar la guerra por aquellos confines, por estar quietos y seguros por su parte de ellos; si de ellos mismos no han estado seguros, y se han inquietado por ellos mismos, séanse respuesta, pues se fuéron causa y ocasion á todo. La guerra tan injusta que Francia hace hoy á toda la cristiandad en esta monarquía más con cizaña que con valor ni valentía, levantando á Barcelona y á Portugal y asistiéndolos á la traicion,—confiesa en gloria nuestra que todas las naciones apestadas de herejía, incorpo-

radas en Francia, no pueden dar cuidado á España sin españoles. Guerra es esta más colorada con la vergüenza que con la sangre. Y halos de burlar el intento, porque al español más le constituye en serlo la lealtad que la patria, de tal manera, que deja de ser español en dejando de ser leal. Así se valen de los que lo fueron y lo dejan de ser, para empezar á ser peligro de los que los admiten. Siempre que Francia tiene guerra con España, Rusellon y Cerdaña son los pasos que, por más llanos y abiertos, llaman á sí los celos y el cuidado de las dos coronas; y guardar el paso no es aguardar á que el enemigo lo pise, sino pisarle el suyo. El más seguro modo para defenderse del contrario es obligarle á que se defienda. El que acomete sabe escoger para sí, toma la determinación, y da el susto al enemigo. Esto reconocieron los ministros de su majestad en los mismos pasos y confines. Esto ejecutaron, adestrados de toda prudencia militar, en la interpresa de la Ocata. Sucedió desdichadamente, no por inconsideración ni falta de valor: el por qué díganlo, si se atreven, los catalanes, que se contentaron con ser solamente testigos de aquella desventura de los que á su pesar los defendían. Mucho desanima amparar al que se ofende de que le amparen: peleábamos contra los franceses por Cataluña, y los catalanes obligaban á los franceses contra nosotros con no acompañarnos. Nuestra desgracia su ingratitud la mereció, nosotros la padecimos; desquitámosla con muchas ventajas sobre Fuenterrabía: esta plaza les hizo llorar lo que cantaban. Fué gran disposición pelear por guipuzcoanos y no por catalanes: defendíamos á los que se defendían en la Ocata, á los que se ofendían de que los defendiésemos. Dejábanse gobernar de las conciencias de los bandoleros, cuyo número es el mayor y más bien armado, el grueso de ellos gabachos y gascones, y herejes y delincuentes de la Lengüadoca. Al fin, plebe sobrada de Francia y desecho aun de los ruines de ella. Estos, oprimiendo la nobleza y los eclesiásticos y magistrados, arrebataron en furor la liviandad del pueblo, rematándole en delitos enormes que desesperasen de perdón, para que viviese la discordia en el horror de la indignidad persuadida por indispensable. Con esto á la maldad añadieron la obstinación. Rogaron consigo á Francia, que mostró que los conocía en hacerse de rogar para acetarlos. Admitiólos por diversion para nosotros, no por aumento para sí; que ellos han advertido son más útiles ajenos que propios, y enemigos que vasallos, pues contra su señor han gastado su tesoro, y al que admiten le obligan á gastar el suyo, sin ver que á costa de su libertad será forzoso que le cobre presto, pues se han quitado en nosotros la respiración que tenían, para desahogarse del ímpetu y codicia desenfundada que tienen experimentada en los franceses, de que no pueden ellos arrepentirse á tiempo que el arrepentimiento los aproveche. Darlos á quien se dan fuera el mayor castigo, ¿qué será darse ellos? Nadie nos los ha de cobrar más aprisa que quien nos los quita: nación que para ser aborrecida solo aguarda á ser tratada, y para engañar, que se fien de ella. El rey de Francia hoy los busca diversion de las fuerzas del Reynuestro señor, y destina caudal y precio su desamparo de la paz ó concierto, á que es fuerza que se vea obligado con brevedad. No hablo ménos temerosas y prudentes palabras para los catalanes que á los pue-

blos de Sicilia Hermocrates, hijo de Hermon Siracuano. Léense en Tucídides, lib. 4: *Nam si bellum elegerimus, etc.* «Porque si elegimos la guerra y llamamos á estos hombres auxiliares que hacen guerra aun á los que no se acuerdan de ellos, luego que nos hubiéremos consumido con gastos domésticos debajo del imperio suyo, fácil es de creer que algún día vendrán con mayor ejército, y procurarán señorear todo nuestro estado por medio de los que hubieren reconocido bien afectos á ellos.» No pregunto si puede sucederles esto con los franceses, sino que si puede dejarles de suceder. Asistir Francia á Flándes, á Borgoña, á Italia, á Alemania, á Navarra, á Portugal, á Cataluña, á los dos mares, á sus presidios y fronteras, más es desperdicio que poder. No de otra manera el gran raudal de agua sangrado de muchas zanjas, en vez de fertilizar muchas tierras, desvaneciéndose bebido de los rodeos de sus caminos, aun deja quejosa la sed del polvo, y apenas lodo donde aguardaban cosechas. Él puede ser el revoltoso del mundo, no señor; codiciarle, no poseerle. Debiera advertir Cataluña que el mudar señor no es ser libres, sino mudables. No quiero dar lo justo y moderado que me piden y debo, y quiero quitarme y perder más, no puede llamarse aborro, locura sí. Hoy nada es suyo sino es la rebelión. Las haciendas son de las armas auxiliares, las vidas del peligro, las honras de los huéspedes, y el sagrado santuario sueldo de calvinistas. Luego no es ni ha sido por el guevo.

Resta hojear el libro verde, si de poco acá no se ha secado, ó no le han dado otro color despues que se desesperaron. En todo él no hay fuero que diga tenga Barcelona conde, y el conde no tenga Barcelona ni condado. Ni le hay que diga los catalanes sean vasallos sin señor, de quien quisieren, como quisieren, hasta cuando quisieren. Tampoco le hallo para que maten sus virreyes á pesadumbres y á puñaladas, ni para que tengan concordia con el enemigo de su señor natural para poder tener discordia con su señor. Y ménos que, defendiéndose y defendiéndolos de sus contrarios el conde de Barcelona, no le asistan con gente y dineros ni alojen su ejército. Con sumo desvelo miré si había fuero (aunque de vergüenza estuviese en cifra) que dijese podían los catalanes despojar el sagrado templo de Monserrate y quitar de la cabeza la corona á la Virgen para coronar á Luis XIII, y no le hallé. Holguéme y busquéle con miedo de ballarle añadido con el «no queremos porque no queremos», á quien han introducido en fuero; y hojeado todo el libro, hallé no solo sanos y no quebrados sus fueros, empero ni hendidos, antes más guardados de su majestad que de su archivo y diputación y concelleres. Yo les pregunto que cuál tienen que para valerse de los franceses no le hayan hecho pedazos y vuéltole desafuero, pues defenderlos para quebrarlos, guardarlos de todos y no de sí, para perderlos, no es menor locura que sería en cualquiera guardar su casa de todos para derribarla encima de sí mismo. El Rey nuestro señor nunca quiso quitarles la libertad de sus privilegios; moderar sí, como señor y padre, la insolencia de que por tenerlos usaban. Y esto con tanta blandura, que teniendo ejército junto y en tiempo, por excusar ruina sangrienta quiso más con la tardanza aventurar el ser

victorioso que el ser clemente, procurando que la amenaza excusase el golpe. Muchos fueros y privilegios leí tan diferentes de como los alegan, que los desconocí; y siendo los mismos, los tuve por otros. No los alegan como los tienen, sino como los quieren. Esto es concederse privilegios; y yo certifico que no tienen privilegio ni fuero para poder concederse á sí mismos ni lo uno ni lo otro. Mucho de esto hemos visto de ocho años á esta parte, y satisfaciéndolos con sus mismos derechos. El negro libro verde se vuelve Alcoran, y manda que le defiendan y no le disputen, y esto ha sido todo. Luego no es por el fuero. Dicen (yo se lo oí cuando estubo en Barcelona su majestad) que sus fueros y privilegios todos habían sido premios de grandes y fidelísimos servicios á sus condes, y esto blasonándolo. Pues digo yo con Aristóteles: *Contrariorum eadem est ratio*: «Una misma es la razón de los contrarios.» Luego por deservicios é infidelidad se pierde lo que por fidelidad y servicios se gana. Y si nadie se presume que concede privilegio contra sí, y el que le concede ni debe ni puede conceder el mal uso de lo que concede, los catalanes no deben tener los que tuvieron ni los que presumen. Dicese que el rey de Francia los ampara república: si fuese así, es señal que no está contento con una Ginebra. Treta es, no proteccion. Desprécialos por vasallos, y entretiénelos por discordes. Engáitalos con el ejemplo de Holanda, y alientalos con la traición de Portugal; y cállales el apólogo (de que hace mención Aristóteles en la retórica) del caballo, que cuando era libre, para defenderse de otros animales que le enojaban fué á pedir al hombre que le viniese á socorrer. Excusóse diciendo que no podía andar tanta tierra; el caballo ofreció que le llevaría. Púsose en él, defendióle; mas viendo la utilidad que tenía el caballo para el que iba encima, sujetóle, púsole freno, acostumbrole á vara y espuelas: quedó vengado, pero sujeto al que le vengó. Perdónoles la aplicación, allá se avengan: yo se la cuento fábula, miren no me la vuelvan verdad.

No han tenido poca gracia en achacar su motin á devoción con el Santísimo Sacramento, diciendo que por haberse abrasado en un lugar (á quien pusieron fuego nuestros soldados en una iglesia que se quemó) unas formas consagradas, tomaron á su cargo la venganza y el castigo. Si esto sucedió, obraríalo el furor rabioso de los soldados en un lugar que, entrándole á fuerza de armas, pusieron fuego: juntóse la licencia de la llama no destinada al templo. Empero los catalanes (que acusan esto que nosotros lloramos), juntos en consejo y votándolo con estudio y acuerdo premeditado poco despues, mandaron saquear la casa y templo de Monserrate, desterrar los monjes, dar muerte al Prior y robar la imagen milagrosísima. Pésese el sacrilegio mandado por decreto, y el sucedido por desorden, y se verá la calidad y intento de estos que se mienten vengadores de los lugares sagrados, siendo gente que con el robo de los monasterios y de las imágenes amartela para su socorro á los hugonotes, por desembarazarlos de que los aborrezcan ó teman por católicos.

Hasta esta abominación han llegado, precipitándose sin causa de una en otra maldad; empero el doctísimo Aristarco dice que no se ha podido averiguar que se quemasen las especies de las formas consagra-

das, ni por información de los inquisidores ni del obispo de Gerona. Y si sucedió, quiero preguntar si hay quien sepa, ó si dejará de haber muchos que crean que los mismos catalanes, por desacreditar las armas de su majestad y hacerlas odiosas, pusieron el fuego al templo para achacar el sacrilegio á los castellanos. Adelanto más esto: ¿habrá quien no crea que si sucedió lo que ellos dicen, que no fueron ellos los que lo hicieron, sabiendo que Benito Ferrer, que fué catalán, se vino á Madrid solo á arrebatar á un sacerdote celebrando la hostia consagrada, como lo hizo, y arrojándola en el suelo, la pisó delante de gran concurso de gente, por que fué preso y justiciado con gran publicidad en Madrid, donde murió impenitente y quemado vivo (a) con la obstinación y contumacia que jamás se vió en judío ni hereje? ¿Halló semejante sacrilegio jamás disposición, no digo solo en ánimo castellano, sino en judaizante, moro ni hereje? Pues el venirse el catalán Benito Ferrer á ejecutar este crimen de lesa majestad divina á Madrid, no fué solo por violar y ofender aquella corte y esta nación, sino que, como codiciaba el infernal blasón del castigo en las llamas por ambición, temió que en Cataluña se desentenderían de ello fácilmente y no lo podría conseguir. Empero, porque de indicio pase á prueba, quiero alegar á los mismos catalanes contra sí propios en este mismo caso. ¿No son ellos los que dicen y firman y imprimen en su *Proclamación católica* que por haber cruentado facinorosamente el día del Corpus con la infanda muerte de su virrey el conde de Santa Coloma, á otro día que se celebró en él, se paró el sol? Pues gente tan descaradamente impía, que da tanto mérito á un horrendo homicidio, á una traición inhumana, como á Josué; que osa decir que con tan rara maravilla aplaudió su maldad Dios, contradiciéndola con toda su ley; que pretende hacer cómplice al cielo en sus infernales crímenes, ¿qué no dirá? Qué no habrá hecho? Hiérase san Pedro al judío que iba arrastrando al mismo Cristo, hijo de Dios y Dios verdadero, que es el mismo que está en el Santísimo Sacramento, y dice el gran Tertuliano, lib. *de Patientia*: «Fué herida la paciencia de Cristo en la oreja de Malco.» Y ásperamente ríe á san Pedro y con severidad le amenaza; ¿y alargará la vida al día por autorizar con tan esclarecido milagro un homicidio alevoso de los segadores de Barcelona? ¿Quién negará que los que temerarios publicaron esto no fueron los que pusieron fuego á la iglesia (si se abrasó) para imputárnoslo? No se paró el sol cuando el catalán Benito Ferrer pisó la hostia consagrada, ¿y quieren los catalanes que se pare en aprobación de la muerte que ellos dieron á su gobernador y capitán general? Hasta el sol quieren sacar de su curso, sin advertir que el privilegio de pararle le da Dios, y no el libro verde; si ya no presumen que pueden derogar los fueros de los planetas con los suyos. De una misma conciencia es levantar á Dios un testimonio falso y quemar las especies en las formas consagradas.

Dicen que lloran las imágenes y que sudan. El autor no hizo sino trasladar literalmente en milagro las mentiras poéticas de Lucano en el lib. 4 de la *Parsalia*:

*Indigetes flevisse deos, Urbisque laborem
Testatos sudore Lares.*

(a) A 21 de enero de 1624.

Lo que creo es que ellos hacen diligencias con sus abominaciones para que, en testificación de sus pecados y abominaciones, lloren y suden las imágenes en poder ya de calvinistas, sus más capitales enemigos.

Yaun, por su deposición de los mismos catalanes, no lloraron ni sudaron las imágenes hasta que ellos, homicidas y traidores, profanaron lo humano y lo divino.

Todas las veces que vocingleros se llaman fieles y ostentan la devoción con la concepción de Nuestra Señora y con el Santísimo Sacramento, los miro eminentísimos discípulos de Caifas y de sus alharacas, cuando se rasgó la vestidura para decir que blasfemaba Cristo, siendo quien blasfemaba su descomulgada lengua. Y todas las veces que nos llaman impíos y sacrilegos me acuerdo de los ladrones, que, siguiéndolos para prenderlos, cuando oyen que la justicia grita: «Tengan al ladrón,» ellos por disimularse dicen: «Tengan al ladrón» con mayores voces. Son los catalanes el ladrón de tres manos, que para robar en las iglesias, hincado derodillas, juntaba con la izquierda otra de palo, y en tanto que viéndole puestas las dos manos, le juzgaban devoto, robaba con la derecha. No se puede negar que en estas comparaciones de robadores no los he cogido de manos á boca.

Y acordándome de todos los bienes que exageran de su país, en abundancia, riquezas, fuerzas y valentía, respondo con las palabras del santo confesor Magno Félix Ennodio, obispo ticinense (1): *Quibus haec tamen ipsius naturae repugnantis merita non dederunt, fecit eas relatore sublimes... Oris est, quicquid in vobis lector stupuit.*

Exprimido todo el veneno que en la Proclamación confeccionaron los sátrapas de Cataluña, se encamina por ellos al Conde-Duque. Y sintiera mucho su celo y fidelidad que los que aborrecen á su majestad no se mostraran acérrimos enemigos suyos. Sucédele al Conde-Duque con el principado de Cataluña (con suma gloria de su nombre) lo mismo que á David con Achis; es lugar singular (2): *Vocavit ergo Achis David, et ait ei: Vivit Dominus, quia rectus es tu, et bonus in conspectu meo: et exercitus tuus, et introitus tuus mecum est in castris: et non inveni in te quidquam mali ex die qua venisti ad me usque in diem hanc: sed satrapis non places.* Y en el mismo capítulo, habiéndole pedido David á Achis la causa por que le echaba de sí, le responde Achis lo mismo, y añade: *Scio quia bonus es tu in oculis meis, sicut angelus Dei.* De manera que siendo David tal, que afirma Achis con juramento: «Vive Dios que eres recto y bueno en mi estimación, y tu salida y tu entrada está en los ejércitos conmigo, y desde el día en que viniste á mí hasta hoy no he hallado en tí cosa mala, y sé que eres bueno á mis ojos, como el ángel de Dios; empero no agradas á los sátrapas.»

El Principado, que con toda la Europa tan repetidamente ha dicho del Conde-Duque que es recto y bueno, y sin haber hallado en sus acciones culpa, oye que apartándose de su rey se apartan dél, lo que dice literalmente es lo que dijo Achis, «que no agrada á los sátrapas,» esto es, á los diputados, á los concellers, á los cien consejeros. El nombre de sátrapas no es de mi pluma; su malicia se le pone. Viéneles este lugar

(1) Lib. 1 de sus Epistolae, epist. 6 á Fausto.

(2) Lib. 1, reg. cap. 29, v. 6.

como nacido; por eso se le visto cuando se le aplico. Toleró en Barcelona el Conde-Duque el demasiado orgullo de los catalanes. ¿Qué no hizo para disponer su desorden, por digerir su dureza, cuando desconocidos cauterizaron su paciencia tantas veces preciosa? Cuando su majestad fué á las Cortes en los primeros tumultos de su facinerosa condición, fué público que mos de Fargis, embajador de Francia, que á la sazón se hallaba en Barcelona, habia dicho que él haria que los catalanes se redujesen á lo justo. ¿Cuál malicia no descubrió esto? ¿De qué traición no fué promesa? Llegó á oídos de los catalanes, y valiéndose de la hipocresía patrimonial que tienen, mintiendo sentimiento, encomendaron su disculpa á sus alharacas. Admitióse á sus palabras, no á sus corazones, sabiendo que no hablan con una misma lengua sus conciencias y sus labios. Entonces ni habia precedido guerra, ni asistencia de ejércitos, ni excesos que ahora acusan de soldados, ni alojamientos: de manera que el ser franceses no lo han ocasionado las armas de su majestad, sino descubiertolo. Ellos son las viruelas de sus reyes: todos las padecen, y los que escapan quedan por lo ménos con señales de haberlas tenido. Los franceses lo digan á quien hoy vuelven, habiéndolos dejado. Decimoslo nosotros á quien dejan, habiéndose vuelto á nosotros, huyendo de los que buscan. El Aristarco hace que sus propios historiadores confiesen esto contra ellos. Son los catalanes aborto monstruoso de la política. Libres con señor; por esto el conde de Barcelona no es dignidad, sino vocablo y voz desnuda. Tienen príncipe como el cuerpo alma para vivir, y como este alega contra la razón apetitos y vicios, aquellos contra la razón de su señor alegan privilegios y fueros. Dicen que tienen conde, como el que dice que tiene tantos años, teniéndole los años á él. El provecho que dan á sus reyes es el que da á los alquimistas su arte; promételes que harán del plomo oro, y con los gastos los obligan á que de oro hagan plomo. Ser su virey es tal cargo, que á los que lo son se puede decir que los condenan, y no los honran. Su poder en tal cargo es solo ir á saber lo que él y el Príncipe no pueden. Sus embajadas á su gobernador cada hora no tratan de otra cosa sino de advertirle que no puede ordenar ni mandar ni hacer nada, anegándole en privilegios. Esta gente, de natural tan contagiosa; esta provincia, apestada con esta gente; este laberinto de privilegios, este caos de fueros, que llaman condado, se atreve á proponer á su majestad que su gobierno mude de aires, quiere decir, de ministros. Ya les apliqué el nombre de sátrapas; proseguiré con Daniel, cuyas palabras en la versión de Pagnino y en todas los fulminan. Es el caso tan individual, que trata de unos sátrapas invidiosos de Daniel, grande privado del Rey: *Et satrapae quae rebant occasionem contra Danielem ex parte regni: et omnem occasionem et corruptelam non potuerunt invenire, eo quod fidelis esset, et omnis error, et corruptela non inveniretur in eo. Tunc viri isti dixerunt: Quia non invenimus contra Danielem hunc omnem occasionem, nisi nfortè inveniamus contra eum in lege Dei sui.* La versión de los Setenta muy á propósito los llama: *Ordinadores et satrapae.* «Los ordenadores y sátrapas hacian diligencias para hallar ocasión contra Daniel, y no hallaron en él ninguna ocasión, delito ni pecado, por-

que era fiel; y dijeron los ordenadores: No hallaremos contra Daniel ocasión si no es en servir legítima y fielmente á su Dios.» Que son sátrapas los diputados, concellers y los del consejo de Ciento, á quienes no agrada el Conde-Duque, en Achis lo mostré, y de sus palabras bien aplicadas les puse el nombre. Ahora se le confirmo con el lugar de Daniel; y el añadir los Setenta la voz ordenadores á los sátrapas, es señalarlos con el dedo, siendo así que solo ellos deben ser llamados ordenadores y sátrapas, pues se introducen en dar órdenes en todo lo que no pueden ni deben ni entienden, y alegan que esto es oficio de sus concellers con sus reyes.

Ven que el Conde-Duque por su integridad, desinteres y asistencia inimitable tiene el primer lugar, buscan ocasiones y culpas para apartarle de su lado: *ex latere Regis.* Leen la Vulgata; no hallan alguna, porque es fiel; y viendo que no lo hay, dicen: No hallaremos en él culpa sino en probarle que guarda la ley de su Dios, y no la de nuestros ídolos; que asiste al lado de su rey con todo el amor que debe y con la inteligencia que otro ninguno pudiera. Estos ordenadores y sátrapas á imitación de los otros lo disponen, como ellos, inventando y estableciendo una ley que no hubo. Y sucederáles como á los acusadores de Daniel, pues los imitan literal y individualmente; lo que con admiración conocerá quien leyere todo el capítulo citado y referido en parte.

Y porque se entienda que se precian de remedar todas las acciones cruelmente ruines, adviértase con cuánto cuidado imitaron la fiera obstinación y el aborrecimiento contumaz de los fidenates, de quienes dice Plinio Junior en sus *Varones Ilustres: Fidenates fidei Romanorum hostes, ut sine spe veniae fortius dimicarent, legatos ad se missos interfecerunt.* Dirán que no han muerto los embajadores, que fueron dos hijos del duque de Cardona: es verdad, mas hanles hecho tratamiento peor que la muerte, y con su excelentísima madre hicieron no solo que la viesan, sino que la esperasen regateada. Nación que se arma con delitos indignos de perdón, y que para ser valiente se desespera, presto imitará, como en el principio, á los fidenates en el fin merecido. Si queremos conocer los ingenios de los de Barcelona, y cómo afectan lo divino para confundir, oigamos á Tertuliano la postrer cláusula en que remata el libro de *Corona Militis: Agnoscamus ingenia diaboli, id circo quaedam de divinis affectantibus, ut nos de suorum fide confundat, et judicet: «Reconozcamos los ingenios del diablo, que afecta algunas cosas de las divinas para confundirnos y juzgarnos con la fe de los suyos.»*

Este lugar no es tan grande como Barcelona, mas es más verdadero; y por corto que es, segun viven, viven en él todos los que están en Barcelona.

Llegado hemos al último disfraz del refran: «Que será por el güevo, y no por el fuero.»

El güevo que en este refran propio de los catalanes ha estado ocioso, despues que por haberle empujado los franceses es güevo de gallo (que en latin *gallos* se llaman), produce un basilisco: tal padre dan los autores á esta sierpe habitada de veneno que mira con muertes, de manera que tendrán por rey al régulo, que si mira lo que hace, deshace lo que mira. Y

forzosamente si quien mira con pestes por ojos, mira por ellos, es forzoso que la ruina suya sea por el güevo que le fué vientre. David dice hablando con el que habita en la ayuda del Altísimo: «Andarás sobre el áspid y el basilisco.» Estas pisadas y coces un rey que cumple lo que dice se las promete al basilisco: *Qui habitat in adjutorio Altissimi, super aspidem et basiliscum ambulabit.*

Advierto que no se escapará por ser güevo con pollo, pues se cuenta, y lo escribe Andres Arnaudo en sus juegos, que teniendo un español un güevo en la mano para comerle, le advirtieron que tenia pollo; él se lo sorbió diciendo: «Vaya ántes que llegue á gallo, que será mi enemigo (a).»

No quiero, aunque les deje con malsabor, invidiarles el desengaño. Están muy preciados de que con su levantamiento maduraron la traición en el duque de Berganza, con que juzgan, dividen y divierten las fuerzas para su castigo. Aúnanse recíprocos con el que se llama don Juan el Cuarto, sin advertir que el Juan no es de alguno de los dos Joanes. Que no es evangelista, lo que dice lo dice. Que no es baptista, dícelo lo que no hace. El Baptista cuando los judíos le ofrecieron el ser ungido, el ser mesías, el ser rey, respondió: «No soy digno de desatar la correa del zapato del que lo es.» Luc., 3, v. 16: *Non sum dignus solvere corrigiam calceamentorum ejus.* Esto hizo; y este don Juan ni hizo ni dijo esto cuando aceptó el reino ajeno y de su propio rey. Y por ser la cosa que más á mano hay en Portugal, y acción suya, no será temeridad creer que también le hicieron la oferta judíos. Tiene tan poco este Juan del Baptista, que, aun perdiendo la cabeza, tendrá solamente la similitud de Heródes, por haber muerto inocentes.

Llamóse Cuarto por usurpar hasta el número del nombre al mismo señor suyo natural, á quien usurpó el reino. Y si cuando se hizo cuarto Juan se acordara de don Juan el Segundo, que degolló por traidor á su bisabuelo, pudiera temerse cuartos por lo mismo. Ayer compañero y hoy rey, ayer vasallo y hoy señor, no son pronósticos de seguridad. Persuadirse él con los catalanes, y ellos con él, que su traición debilita el grande poder del monarca de España es locura, pues puede decirles con más razón que Julio César á su ejército cuando le quiso desamparar: «¿Os persuadis sentiré el daño de vuestra fuga? Sería lo mismo que si todos los ríos amenazasen al mar que le negarian las fuentes que vierten en él; siendo así que el mar, como no crece con ellos, sin ellos no menguaría.» Lucan., lib. 5.

..... an cursus vestrae sentire putatis
Dammum posse fugae? Veluti si cuncta minentur
Flumina, quos miscet pelago, subducere fontes,
Non magis ablatis unquam decresceret aequor,
Quam nunc crescit, aquis.

Y la majestad del Rey nuestro señor dirá á los que confían contra su grandeza en estos rebelados, lo que dijo el mismo César: «Alegráos, soldados; que os salen

(a) El epigrama de Andres Arnaudo así dice:

IN HISPANUM INCERTUS.

Quod nondum caúdo pullus cum exclusus ab ovo est,
Hunc avido implunem proinus ore voras:
Hispane, haud mirum est pullum vis perdere nam si
Creverit is, subitò Gallus et hostis erit.

al encuentro y se os ofrecen por merced de la fortuna batallas. Como el viento derramado por el espacio vacío no logra la fuerza si no le ocurre selva densa, y como si nada se le opone perece el fuego, así me es dañoso faltarme enemigos, y tengo por pérdida de mis armas si no se rebelan los que puedo vencer.» Lucan., lib. 3.

..... Gaudete, cohortes:
Obvia praebentur fatorum munere bella.
Ventus ut amittit vires, nisi robora densas
Occurrant silvae, spatio diffusus inani:
Uique perit magnus nullis obstantibus ignis,
Sic hostes mihi desse nocet: damnumque putamus
Armorum, nisi, qui vinci potuere, rebellent.

Oigan los traidores que se alegran de ver disminuida la vara del que los castiga, á Esaías: «No te alegres toda, oh Filistea, porque está disminuida la vara del que te castiga; de la raíz del serpiente nacerá el ré-

gulo.» Esaías, cap. 14, v. 29: *Ne laeteris, Philisthaea omnis tu, quoniam comminuta est virga percussoris tui: de radice enim colubri egredietur regulus.* Este basilisco, el gúevo de gallo, por quien ya es el pleito, se le promete al fuero, por quien nunca fué.

Acabe mi discurso Tertuliano, pues hablando contra los herejes fabulosos y embusteros, prosigue con la serpiente madre del régulo, y enténdanlo por sí los declamadores (1): *Abscondat itaque se serpens quantum potest, totamque prudentiam in latebrarum ambagibus torquat, alte habitat, in caeca detrudatur, per anfractus seriem suam evolvat, tortuosè procedat, nec semel totus, lucifuga bestia. Nostrae columbae domus, simplex etiam in aedibus semper, et apertis, et ad lucem: amat figuram Spiritus Sancti.*

(1) *Adversus Valentiananos, c. 3.*

PANEGIRICO

A LA MAJESTAD DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE IV,

EN LA CAIDA DEL CONDE-DUQUE (a);

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem; propterea unxit te Deus.
(Psal. 44.)

SERENÍSIMO, MUY ALTO Y MUY PODEROSO SEÑOR:

Dios nuestro Señor dió á vuestra majestad en una corona más reinos é imperios que á otros monarcas vasallos, con tal calidad, que castiga á los que no lo son, con que lo sean. Hoy da á vuestra majestad á sí mismo; beneficio tan de su poderosa mano de vuestros señores, que ni tiene más que pedir á la divina Providencia, ni otra ocupacion que darle gracias por disposicion tan propia. Más nos ha dado á todos en dar á vuestra majestad á sí mismo, que dió á vuestra majestad en dársele todo: tanto mayor que todo es vuestra majestad. Acabastes los años que vuestra luz nos la dispensaron pálida, vapores que levantastes y se condensaron nubes, por cuyos senos el día que nos inviábades como sol clarísimo, descendía á nuestros ojos anochecido en los tránsitos que le esquivaron con sombras. Esto, Señor, no ha sido casual ni fué agravio: circunstancia sí para que hoy se admire que la salud de tanta dolencia la dispuso el Señor en vos y con vos solo. No menos os son alabanza todas las calamidades que han padecido, pues se conoció en una hora que se descaminaba cuanto corría por otras manos, y se logra cuanto pasa por la vuestra. ¿Cuál príncipe, de cuantos guarda la memoria por blason y ejemplo, en un día recobró á su amor corazones; en los cuales veinte y dos años envejecieron temor inducido y forzado? Este nunca pasó á vuestra majestad: todos lo deseaban, solo temían á los que lo hacían desear, como supiéramos que todas las asistencias os eran estorbo si no viéramos que el día que redujistes á vos solo á todos los ciudadanos amaneció desembarazo en todos. San Pablo enseña y afir-

(a) Fué esta mudanza de la fortuna, entre los acontecimientos de la Peninsula, uno de los más grandes de aquel reinado. Ocurrió el 23 de enero de 1643 y dió la libertad á Quevedo, preso duramente en San Marcos de Leon por enemiga del conde-duque de Olivares. Vuelto Quevedo á la corte en junio del mismo año, elevó al Rey un memorial felicitándole por haber apartado de sí al ministro más calamitoso para España. Es fuerza considerar este escrito como el himno de triunfo del sabio, del político tíeramente perseguido. ¡Lástima que nosotros no le hayamos logrado tal como debió presentarse al monarca!

Lo que publicó Valladares es apócrifo: lo que hoy damos á conocer al público es un fragmento ó bosquejo del memorial. Poséelo el señor Duran parte de mano del leal amigo de nuestro autor, don Francisco de Oviedo, parte de letra de dos amanuenses del señor de la Torre de Juan Abad. Hemos cotejado este apreciable resto con el que se incluye en la coleccion de don Juan Isidro Fajardo (1724), con los números 13 y 14 de la de don Benito Gayoso, que hubo de copiar el bibliotecario don Tomas Antonio Sanchez, y con un traslado moderno de escaso mérito.—El Colector.

ma cuánto se ahogan los buenos deseos faltando la comunicacion, que con nombre de mayor deidad os retiraban, como dice á los de Corinto: «Como nuestra comunicacion se empieza, nuestros corazones se dilatan.» No puede seros nota haberos elegido ministros que os hayan sido impedimento. Considera vuestra majestad que Cristo no solo escogió doce en sus discípulos, de los cuales Pedro le negó, dudóle Tomas, vendióle Júdas, dejaronle todos; sino que él mismo les dijo: «Yo os escogí á vosotros, no vosotros á mí.» Si en esta eleccion de la eterna Sabiduría, por ser hombres, hubo uno incrédulo, otro desconocido, un traidor y muchos cobardes, ¿quién extrañará que en la que hizo el deseo de todo el bien comun en vuestra majestad hubiese entre los electos algunos poco atentos, otros menos dichosos, algunos ingratos, para que convenga que solo merecis ser tan grande rey, lo seais solo? No es menester que los que os han asistido sean defectuosos; basta, Señor, sin su descrédito, que no sean capaces del talento real de vuestro espíritu soberano.

Perdonad, Señor, que discurra por vuestra edad, y luego por el tiempo que habeis tenido privado. A los treinta y ocho años de vuestra edad os dignasteis de alumbrar claro y sereno al mundo, despues que á los treinta y tres, por consideracion natural del sol, os echaron menos: ¡escondido misterio para que nos le dé á entender el águila de la Iglesia, y nos prometamos que en los dos que faltan á los cuarenta (que se cuentan felices) se restaure todo! Dice Agustino, en conclusion: «Este número de dos, que significa algun bien, principalmente es la bien distribuida caridad, pues si el número cuarenta contiene la perfeccion de la ley, y el cumplimiento de la ley no está sino en dos puntos, ¿qué te admiras de por qué estuviere enfermo el que tenía dos menos de cuarenta años?» Tiene vuestra majestad en estas palabras deste resplandeciente doctor una muy asegurada profecía, que en cuarenta años que encierra, está verificada en lo más, y para lo que falta da el modo de merecer la infalibilidad de ella. El arbitrio, Señor, no son tributos estos dos años, sino caridad distribuida entre vuestros vasallos. Buen remedio cuando la dolencia vuestra y de todos ha sido pechos y vectigales en todos los pobres en el tiempo de vuestro valido. Considero que á los doce años de la edad de Cristo, saliendo (digámoslo así) de la patria potestad de su Madre, se fué á disputar al templo con los doctores, y desde entónces hasta los treinta y tres pasaron veinte